

XX DOMINGO ORDINARIO C/2007

Frecuentemente nos sentimos molestos y hasta enojados cuando la gente se mete en nuestras vidas. Nuestra reacción espontánea es alejarlos de nuestras vidas. Así nos dejarán en paz y nosotros podemos seguir pensando y haciendo lo que queremos.

Tal reacción es lo que encontramos en la primera lectura de hoy. De hecho, Jeremías había criticado al rey y a sus ministros por estar dando mucho interés a las estructuras políticas y olvidando que, como el pueblo de Dios, ellos están protegidos y deberían contar más con Dios que con organizaciones militares. Como consecuencia, Jeremías es perseguido y amenazado de muerte. Pero Dios en su bondad no lo abandonó en las manos de sus enemigos, pero mejor dicho lo liberó y salvó su vida.

Lo que pasó a Jeremías era sólo una expresión del destino reservado para todos aquellos a quienes Dios da una misión particular. Era así para los profetas en el pasado y era para Jesús que, en el Evangelio de hoy, predice su pasión y muerte. Este destino, también, será el de sus discípulos y todos aquellos que lo siguen. El sufrimiento y el dolor son la parte de la vida cristiana.

En primer lugar, Jesús habla de él, sobre el bautismo de fuego al que él tiene que someterse. El bautismo del fuego significa la experiencia de sufrimiento y cruz por la que él tiene que pasar antes de que él triunfe en la resurrección. Pero todo esto provoca en él la tensión y la angustia hasta que sea llevado a cabo.

Después de esto, Jesús habla de su entrada en el mundo y su mensaje. Él ha venido para prender fuego a la tierra y como él quisiera que el fuego encendiera ya. Para entender mejor estas palabras, tenemos que recordar que para los judíos, el fuego era el símbolo de juicio. En esta perspectiva, Jesús considera que la venida de su reino es un tiempo de juicio y desafío para el mundo. Él viene para purificar al mundo de sus pecados, y construirlo de nuevo. Él viene para reorganizar la vida de muchos de modo que ellos abandonen su vida del pasado y regresen a Dios. Cuando cada uno es tocado, hay más tensión que paz.

A fin de ilustrar esta declaración, Jesús menciona que optar por Él ocasiona oposición y división entre los miembros de una familia, entre generación y generación, debido a los valores de su reino. Todo esto lo tiene que pasar de modo que cada uno pueda demostrar claramente como él pertenece a Jesús. Esto significa, también, que pertenecer a Jesús presupone la aceptación de sufrimiento por su nombre.

En este sufrimiento, sin embargo, no estamos solos. Estamos rodeados por una gran nube de testigos que, antes de nosotros pasaron por las mismas cosas, pero triunfaron debido a su fidelidad a Dios, dice la segunda lectura. Ellos son testigos de nosotros en un doble sentido, porque ellos han atestiguado su confesión a Cristo y ellos son ahora testigos de nuestro testimonio. Por eso, para el escritor de la carta a los hebreos, el cristiano se parece a un corredor en el estadio. Él tiene que correr y ganar. La cosa, sin embargo, consiste en que la muchedumbre de los espectadores es toda esta gente famosa del pasado que ha ganado la corona. ¿Qué, entonces,

no haría un atleta para doblar su esfuerzo si él supiera que en el estadio hay algunos campeones Olímpicos famosos que lo están mirando? ¿Además, qué el atleta correrá mas rápido si él va llevando cargas? Por esta razón, cada cristiano quien quiera ganar esta carrera debería deshacerse de la carga de pecado, por lo contrario la carrera será dolorosa de observar.

Los ejemplos de los mártires, quienes dieron su vida por el reino de Dios sin contar el costo, deberían darnos valor para perseverar hasta que ganemos la victoria. El ejemplo de Cristo, él mismo, quién soportó la oposición y la cruz, despreciando su vergüenza, a fin de salvarnos, debería estimularnos.

Así lo muestra, el propósito de este texto que no nos rindamos tan pronto y fácilmente en nuestra lucha contra el pecado y en nuestro sufrimiento. ¿Si los héroes del pasado sufrieren las mismas cosas para hacer su fe posible, por qué nosotros no podemos hacer lo mismo también? Si Jesucristo, el hijo vivo de Dios, ha muerto en la cruz para hacer tal fe en él posible, tal tesoro no puede ser ligeramente desechado. Una herencia como esta no es algo que el hombre pueda desear.

Todo esto nos ayuda a entender lo que el escritor del texto a los hebreos dice, “En su lucha contra el pecado usted aun no ha resistido todavía al punto de derramar su sangre”. En otras palabras, comparado con aquellos que sufrieron antes, nuestra situación es mejor. No, que nuestro sufrimiento y lucha sean ligeros, pero al menos estamos seguros de la victoria por los ejemplos de aquellos quienes triunfaron antes de nosotros.

¿Pero, por qué aceptaremos todos estos sufrimientos y dolores? Tenemos que aceptar esto todo, porque nuestra meta vale la pena. De hecho, como cristianos, no podemos ser como los turistas quienes visitan un lugar y vuelven de donde vinieron. Somos peregrinos por siempre en el camino hasta que encontremos a Cristo. Nuestra vida no es un callejón sin salida; este va a un lugar al encuentro con Cristo. Cristo es la meta de nuestro viaje y el compañero de nuestro camino. Él es al que vamos a encontrar y el es quien va con nosotros en el viaje de cada día.

Por lo tanto tenemos que mantener fija la mirada en Jesús mientras corremos nuestra carrera. Él se parece a un buen entrenador quién nos inspira y perfecciona nuestra fe y nuestra confianza en sí mismos. Ningún equipo va a tener éxito sin un entrenador quién observa a cada jugador y corrige la técnica de cada uno. Mantengamos, pues, nuestra mirada en Jesús como el buen entrenador de nuestro equipo. Pidámosle que nos enseñe a confiar en él en nuestros problemas y sufrimientos para que no perdamos la corona que él ha preparado para nosotros. Que Dios los bendiga a todos.



Fecha de Sermón: Agosto 19, 2007
© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20070819homilia.pdf